

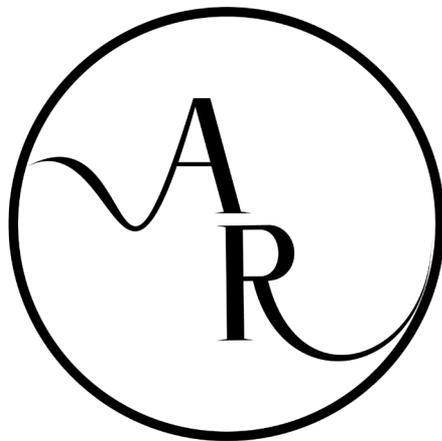
REVISTA
ANEMERIA
1ª EDICIÓN - ALBA



BOGOTÁ - COLOMBIA

2021





REVISTA
ANEMERUA

© Revista Anemia
ISSN: 2745-0554 (En línea)

Volumen 1

Primer número

Enero 2021

Bogotá, Colombia

Editorial: Revista Anemia

Editores: Daria Melisa Gómez

Daniel Eduardo García

Deiby Alejandro Quintana

Edición Semestral. Virtual

Ilustradores - Portadas: Deiby Quintana

Contraportada inicial y final: Alejandro Hernandez

Diagramación: Deiby Quintana



Contenido

1. Saludo editorial	
A nuestros lectores	8
2. Cuento	
Keren	
Francisco Barata	11
En un museo de la siguiente era	
Sebastián Paipilla	13
En el estante	
Diana Guerrero	18
Marejada en el sueño	
Juan Beltrán	20
El peón de la libertad	
Rusvelt Castellanos	23
Girasoles ciudadanos	
Sergio García	26
Compañeros de viaje	
Oscar Castañeda	29

3. Poesía

Poéticas de lo informático

Daniel García 32

Tristeza

Antonio Di Bianco 34

Secretos

Daniela Vera 36

Inmarcesible

Daria Gómez 43

Madre

Juan Martínez 44

Sísifo Arrepentido

Camilo Osma 55

Agrádame

Sebastián Paipilla 47

4. Artículos

Arrogancia versus Naturaleza: análisis semiótico de un cuento de Monterroso

Ángela Vargas 50

A nuestros lectores...

Escribir en tiempos de virtualidad es un reto. Más aún si se habla de todo el trabajo que implica construir el primer número de una revista emergente que nace en medio de todo un proceso histórico y coyuntural al que el mundo se enfrenta: una pandemia que ha traído consigo cambios no sólo en la forma en que nos educamos y nos relacionamos sino también —en el caso particular de las humanidades— en la forma en que leemos y pensamos la lectura.

Como equipo editorial hemos transitado diversos caminos en busca de un lugar en las perspectivas culturales que rodean la ciudad y que como sociedad seguimos recorriendo para dar forma a un mundo más humano y consciente. Así pues, a lo largo del 2020 hemos creado un espacio, una pequeña comunidad en torno a la Revista Anemeria, la cual tiene como objetivo entablar lazos comunicativos con nuestros seguidores y lectores a través de conversatorios dirigidos a todas las personas y con el compromiso firme de realizar divulgación de las humanidades y las artes en general, y sobre todo como pilar fundamental, la literatura.

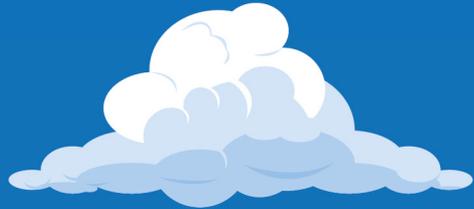
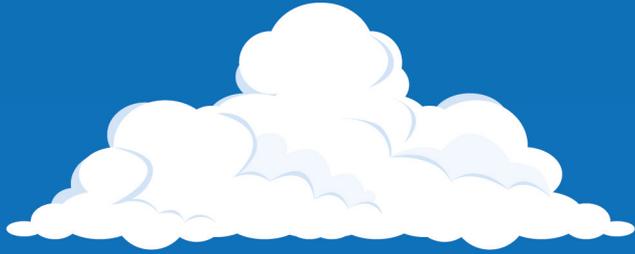
Ha sido un gran año para las artes, para dejar fluir la imaginación, para construir mundos y formas de sentir en el papel y por qué no, en el ordenador. La escritura se ha encarnado en la resistencia de un mundo que a veces parece desistir en la esperanza; en otras ocasiones se funde con el desastre y en todas esas facetas hemos podido observar la importancia que representa para el hombre escribir y la necesidad con la que hemos decidido crear esta revista literaria: como una bandera en lo alto que representa el mundo agotado, triste y bullicioso en el que vivimos y donde aún así seguimos remando en la constante supervivencia del mañana, en un frenesí por expiar los sentimientos y formas que aquejan

nuestra existencia y que sólo a través de las palabras podemos liberar.

No ha sido fácil emprender este nuevo camino, hemos tenido tropezos que nos han hecho reflexionar y nos motivan a seguir mejorando cada día que pasa. Y nos complace decir que en estos pocos meses junto a ustedes se ha construido un maravilloso proceso de enseñanza-aprendizaje, porque de la comunidad Anemeria aprendemos en cada momento compartido. Agradecemos todo el apoyo que recibimos y antes que pensar en nosotros, pensamos en ustedes, en llegar a fomentar y explorar juntos el mundo de las humanidades que han sido un polo a tierra para el hombre. Esperamos que esta comunidad sea para ustedes igual que para nosotros lo es, un segundo hogar.

Bienvenidos a la primera edición de la revista Anemeria, una revista de todos y pensada para todos.

CUENTO



Keren

Hoy era Nochebuena.

Keren esperaba que su mamá, Luz Divina, la dejara salir después de cenar. Ya cumplió los dieciséis añitos y quería ir al pueblo con sus amigas aunque su madre sabía que entre las amigas también habría amigos y como su “niña” empezaba a tener las hormonas revolucionadas no le hacía mucha gracia. Es lo que tiene ser hija única de una madre divorciada y, además, protectora en demasía.

La madre, como era previsible, se negó.

Tenían la costumbre, desde que la “niña” era pequeña, de pasar todas las vísperas del día de Navidad viendo películas —no podía faltar esa noche, entre otras, “Qué bello es vivir” del realizador norteamericano Frank Capra—. Keren, muy enfadada le dijo a su madre algo demasiado inconveniente. Ella le dio su primer bofetón, el que más les duele a los padres. A Luz Divina ese bofetón le hizo mucho daño.

Keren, sin salir del estupor que ese primer bofetón le produjo, salió corriendo del salón para ir a su cuarto y allí se encerró llorando. No dejó entrar a la madre, que no insistió. La pobre mujer ya estaba arrepentida. Cuando Luz Divina escuchó que su hija dejó de llorar se retiró a descansar.

A eso de la media noche, el reloj de su mesita de noche se lo confirmó: sintió un pinchazo en el pecho. Un extraño presentimiento la llevó a la habitación de Keren. Su hija no estaba, ni en la cama ni en

la habitación pero la ventana estaba abierta.

Luz Divina salió apresurada de casa. Al final del camino que conducía al pueblo vio una silueta. Parecía Keren. Vestía con su pijama blanco. Quiso seguirla, pero cada vez parecía más lejana. Pronto dejó de verla. Desde su casa llamó a la policía. Todos los vecinos del pueblo colaboraron con la policía. La estuvieron buscando varios días.

El tiempo fue pasando pero Keren nunca apareció. Cada año, cuando llegaba la Nochebuena, Luz Divina sentía de nuevo aquel dolor punzante en su pecho. Salió al jardín y desde allí creyó ver la silueta de Keren cuando desapareció.

Una Nochebuena, a media tarde llegó la policía. La policía federal había encontrado a Keren muerta a las afueras de la ciudad. Vestía unos harapos blancos y de su brazo colgaba una jeringuilla. Murió de una sobredosis de heroína. Diez años hacía desde aquella noche en que desapareció. Luz Divina no tardó en abandonar el pueblo. Algunos amigos que la conocían también dicen que abandonó la vida.

Francisco Barata
Puertollano, España

En un museo de la siguiente era

En un museo de la siguiente era:

—Bien, niños. Observen aquí: estos que están en esta sección se llaman Posmodernos.

—Disculpe, maestro, ¿Por qué ese nombre?

—Es el nombre que se dieron a sí mismos al notar que su recorrido histórico llegaba entonces a la suma decadencia. Con esto último me refiero a que los intelectuales de esta época dataron que ya no eran modernos, como sus predecesores que creyeron en el iluminismo de la razón, en la democracia, en la libertad bajo las leyes y en la nobleza de los Estados Nación. A los modernos los veremos luego. Sin embargo, menciono esto porque la gente de la posmodernidad se vio a sí misma lejana de todas estas cuestiones que definieron el mundo de sus antepasados: vieron caer el mundo que quizá pretendieron proteger. Debió ser sumamente triste para estas personas...

— ¿Decadencia?

—Sí. Aquella condición que muestra el ocaso de los metarrelatos previos. Es equiparable a ver el sol nacer en la mañana, luego ver su

esplendor al medio día y finalmente ver cómo cae para dar paso a la noche. Así es la historia del espíritu humano. Con el sol tenemos la certeza de que volverá a salir cada mañana, al igual que sabemos de sobra que el espíritu de los hombres siempre volverá a manifestarse hacia la realización. Pero cada día es diferente, a pesar de que el sol orbite de la misma manera, igual que cada espíritu del hombre, siendo el mismo en esencia. Difiere de su contexto histórico.

—Pero, señor Dxler, ¿Qué les llevó a la decadencia?

—Bueno, todavía se discute. Esta es una época perdida en el tiempo de la que no sabemos mucho. Sabemos ciertas cosas, como que estos hombres desarrollaron una alta tecnología, lograron dividir el átomo, llegar al espacio y un sinfín de cosas más. A pesar de estos avances, lo artificial de este mundo sub-construido empezó a definir su naturaleza también llevada a lo artificial. Pero, no pudo ser este el final de aquella raza, sino tan sólo la premisa de. Sabemos que estos hombres disputaron cruentas guerras por siglos, depurando el planeta y la vida que en él yacía, que adoraban a una suerte de dios llamado “dinero” y a su vez, se sabe que no escatimaron en servir fielmente a este ser supremo, que centraba su poder en la individualidad de los sujetos y castigaba la colectividad. Es conocido también que develaron enfermedades terribles que esparcieron por toda la tierra, extinguiendo especies animales y alterando su ecosistema para siempre. Esto último aún nosotros lo sufrimos. Se dice que alguna vez hubo flores sobre la tierra...

— ¿Flores, maestro? ¿Qué tipo de cosa es esa?

—Unos animalitos muy curiosos que eran frágiles. Precisamente por eso no mucho ha sobrevivido ni siquiera como fósil. Se dice que tenían vida y que poblaban el mundo por doquier; que eran de múltiples colores y formas extravagantes y que algunas tenían olores muy peculiares.

— ¡Suena increíble, señor Dxler!

—Suena increíble, sí. Lástima no haber podido conocer ello, ni

tener vestigio alguno. Sabemos de ellas porque algunos nombres de nuestro idioma rememoran sus cualidades. Por ejemplo el tuyo, Rosa.

— ¿Mi nombre es el de una flor? ¡Vaya!

—Ja, ja, ja. Bueno, pues el hombre posmoderno borró las flores de la faz de la tierra.

— ¿Y por esto se extinguió su raza, señor Dxler?

—Posiblemente tenga algo que ver, aunque nosotros hemos subsistido sin conocer esa belleza natural llamada flor. Lo que creemos es que este hombre posmoderno primero destruyó su propio mundo a través del lenguaje, propiciando a su vez, de esta manera la extinción tácita de la vida, incluyendo la suya propia.

— Pero, ¿cómo es eso posible?

—Bueno, comenzaron a ignorar muchos secretos que los hombres modernos rescataron de su pasado próximo. La razón de ser de las civilizaciones antiguas, sus descubrimientos, sus sentires. Así, empezaron a llamar a los fenómenos existentes no por lo que eran, sino por lo que ellos querían que fueran.

— ¡Qué tontos!

— Quizá no se dieron cuenta de su error hasta que fue demasiado tarde, Rosa. Así llamaron al deseo —Amor—, y a la comodidad —felicidad—. Muchos hombres se llamaron a sí mismos mujeres y muchas mujeres se llamaron a sí mismas hombres: algunos hombres y mujeres no se llamaban a sí mismos de tales modos, sino otra suerte de apariencias curiosas. Mientras veían que el mundo que les pertenecía agonizaba, se refugiaron en el poder del dios al que servían y creyeron que él podría salvarles de la caída absoluta. Pero, sabemos que el dios —dinero— propició muertes y hambrunas entre muchos fieles suyos llevándoles inevitablemente hacia la guerra.

—Pero aquí dice que ellos no adoraban dioses, señor Dxler.

—Eso es parte del iluminismo. La humanidad es una raza religiosa

por naturaleza. Siempre se reúne en torno a algo que adora de una u otra manera. Nosotros también lo hacemos, Kler.

—Es verdad, señor Dxler. Pero entonces, ¿adoraban abiertamente a este dios?

—Así parece, Kler. No obstante, a diferencia de sus predecesores, el dios del hombre posmoderno no era para nada trascendental sino táctico. Esta es la razón del por qué desconocemos estos comportamientos fanáticos y conocemos el budismo, el islamismo y el cristianismo: religiones que lograron sobrevivir la modernidad hasta que la posmodernidad las destruyó. De estas tenemos textos, máximas, santos y mártires. Del dios dinero no sabemos mucho. Sabemos que tenían templos de diferente tipo donde hacían ritos de posesión, intercambiando sumas de papel por objetos varios. Sabemos que existió algo llamado bancos que eran una suerte de panteones rituales. Pero todo lo demás es especulación. No quedó nada del mundo posmoderno, entonces hemos tenido que reconstruirlo de a poco, con pequeñas piezas y mucha imaginación. Retomando, fue esta artificialidad la que les llevó a desconocerse plenamente como seres, a desconocer su pasado, su presente y su responsabilidad lo que sin duda les llevó hasta la extinción.

— ¡Pobrecillos, señor Dxler!

—Así es. Pobres seres ínfimos caídos en desgracia. Las leyendas dicen que se atrevieron a llamarse dioses a sí mismos y que fue esta vanidad el motivo por el que desaparecieron.

Si observan el siguiente espacio (señala una vitrina), podrán ver las razas animales que el posmoderno extinguió en menos de dos siglos...

— ¡Inconmensurable ser del todo! ¡Pero si son miles de especies!

—Cientos de miles, Clarisse. La tarea es que las clasifiquen una a una, que las conozcan y que conozcan los errores del hombre posmoderno para jamás repetirlos. ¿Entendieron, niños?

En coro, todos:

“sí, señor Dxler”.

—Bien, continuemos entonces por aquí...

(...).

Sebastián Paipilla
Bogotá, Colombia

En el estante

La dolencia de doña María parece empeorar con el paso de los días y eso me preocupa. Aunque todo estará bien si cruza el sendero del arcoíris. Maryori por su parte sigue llegando tarde a sus labores de bibliotecóloga. ¿¡Hasta cuándo entenderá que ser tan despreocupada puede causar problemas!?. En cuanto a Alan, la vida se encargará de darle su lugar. Creo, sin temor a equivocarme que personas como él reciben su merecido. En su amable corazón no hay lugar para el desánimo aun cuando muchos despectivamente le tildan de un simple guarda de seguridad ¡Es una pena que no le dejan pasar de esa puerta, seguramente seríamos buenos amigos! ¡Pero miren no más a quién tenemos aquí! Es la brillante Angie que lleva pocos días trabajando, está contenta por la oportunidad y realiza diligentemente su trabajo. Bueno, parece que hoy el reloj echó a andar más rápido de lo normal y faltan pocos minutos para que abran la puerta. ¡Estoy listo!

He llegado a la librería Voces de memorias por accidente hace un par de años. Su fundador, Otto o más conocido como “el elegante” me trajo hasta aquí después de haberme encontrado tirado en una banqueta. Su intención siempre ha sido la de atraer a compradores de libros y no vaciló en considerar que yo le pudiera contribuir a subir la cifra de su utilidad y desde entonces espero ansiosamente el momento de poder

ser tan siquiera abierto. Así fuera por un instante. ¡Aquí viene alguien! Parece ser un buen chico el que se acerca al viejo estante de madera y me observa con interés. ¡Por fin seré abierto! En aquel momento, el apuesto joven toma el libro entre sus manos y se sienta dispuesto a abrirlo. Disculpa, ¿podrías ser tan gentil de decirme qué horas marca tu reloj? Le pregunta una inoportuna jovencita que se siente atraída por el noble muchacho quien muy caballerosamente sigue su juego.

El libro cae sobre la mesa y estupefacto comienza a lamentarse: ¿Qué sucede? ¿Qué pasa? ¡No puede ser! Y ahora ¿hasta cuándo seré leído? Llevo semanas opacado por el polvo que doña María solía quitar de mi lomo, aunque pensándolo bien, no es el polvo el que me opaca y sino esos otros con quienes comparto mi pedazo de madera. ¡Sí, esos! Los nóveles, los bestseller, los famosos y reconocidos. Mi soledad me está consumiendo y sucumbiré ante tal desdicha. Terminaré arruinado con el paso del tiempo, anónimo y sin memoria alguna convirtiéndome el en reflejo de quien me escribió

Diana Guerrero
Bogotá, Colombia

Marejada en el sueño

Cuesta pensar, gentil lector, que las apáticas actitudes justifiquen en cierta forma las fructíferas experiencias que nos colman de asombro. Es así como en mis años de arrebató juvenil, que pueden ser el ocaso de beligerancias concluidas en la noche y los cigarrillos. Estando atados todos mis ayeres a este cuerpo cambiante, me vi atraído por coleccionar cristales alcohólicos. Oleoductos de cerveza que llenaron mis cuatro paredes (quince si contamos el estudio, la sala y la cocina) al punto de que la luz de cada recinto mutaba con cada uno de los opacos, sepios y diamantinos espejos de cebada y tequila: anaranjados, amarillos, otros verdes, unos pocos azules y un par de transparentes componían mi libertina galería que ya excedía las milésimas de unidad; todas ellas, las vacías por bebidas y nunca por desperdiciadas, pasadas por los callejones de mi cuerpo y que se extraviaron siempre en las resacas, con plagios de filosofía como semilla y desventuras carnales como anécdotas.

De amargos aguamieles de cerveza a dulces golpes de margaritas, con cabarets de vodka que bailaban el “can can” sobre mi angustiada memoria. Me la pase buena parte de los años recientes en el jubileo de las reinas, perdiendo platas en diamantes ajenos sólo para llegar al oro de éxtasis burlones. Lejos de pensar en los juicios derivados o conformismos planificados entre los que se ha movido, mórbido, mi evidente alcoholismo, solía creer que mis “aposentos de Baco” llenos de esos cuellos largos eran de otra persona y que yo era un mero peregrino que aprendía de cada color que emanaban de las botellas llenas de ese hedor a lo ya bebido, al pasado siempre pasado, al ayer tomado con alegría, prisa o mera vanidad.

En un día incierto, ahogado en tan extraña contemplación de la basí-

lica de mi decadencia, con los ojos puestos en los ventanales de santidad dudosa noté, no sin asombro, que una de las botellas, belga acaso, guardaba líquido. Absorto procuré retirarla con la mayor delicadeza posible a riesgo de hacer de mi morada un “Hidrotuango de cristal”, para comprobar la naturaleza de aquella sustancia que apenas sillenaba el envase.

Previo ejercicio de mi olfato, comprobé que era agua y sin ningún reparo opte por vaciar el contenido allí mismo. Cuál fuera mi sorpresa que a pesar de que el líquido emanaba la botella no se vaciaba y por mucho que la mantuve boca abajo el ocioso líquido se seguía derramando. Creí en aquel momento haberme tropezado con un episodio de locura en la que, naturalmente, sucedió la extrañeza, acompañado de un nerviosismo que me empujaba al excesivo razonamiento del evento. Estaba allí, sosteniendo “la infinita botella”, ensimismado sobre la profundidad escondida que estaba sosteniendo frente a mis ojos.

No precisé en mi conciencia el paso del tiempo transcurrido cuando el enfoque me llevó a otra botella de la infame catedral, verde y de origen chino que también albergaba sustancia de misteriosa fuente. Mis sentidos se electrizaron y mis nervios se congelaron al comprobar bajo el método de repetición, que era otro esos recipientes de infinita profundidad.

En ese momento no vacilé sobre el acto de probar de aquel improvisado enigma no obstante, antes de animarme al beso hacia “la última frontera” escuché justo detrás un crujido, que luego se generalizó en lastimeros gemidos de cientos, miles de cristales, que poco a poco estaban cediendo ante la presión del inaudito líquido que ahora se había tomado dos de las cuatro paredes de mi habitación.

Todo lo demás es apenas deducible: “el agua invasora” se “tomó” por residencia cada una de mis botellas haciendo que el peso ordinario que mantenía el delicado equilibrio de mis sacrílegos ventana-

les se doblara, haciendo fútil la resistencia de los agotados cristales. Fue cuestión de uno o dos parpadeos cuando un silencio, tan infinito como ese “rio peregrino” se extendió y antes de que pudiera reaccionar una marejada de agua y cristales rotos se abalanzó sobre mí, como flechas a un mártir, o en este caso a un pagano. De manera todavía más extraña, mi carne no se vio comprometida, pues al atravesarme aquellos dientes desconsiderados de mi propia tragedia no hallaban más que a un fantasma ahogado y que se disolvían con mi “tacto”.

Lo que antes eran esqueletos de licores y maltas de ámbar y miel, ahora eran un rugido multicolor del que yo era prisionero. Mis ojos se volvieron lentejuelas rotas y la imagen de mi cuerpo ahora eran prismas de veloz mutación. Finalmente desperté. Me hallaba doblado en una esquina de la Calle Real, eran las seis de la mañana y tenía una botella en la mano a medio acabar...

Nunca más volví a soñar con aquella extraña visión a pesar de que en más de una oportunidad he tratado de caer a través de la eternidad de los licores en ese destino de dulce beodez.

Noviembre 7 de 2017.

Juan Beltrán
Bogotá, Colombia

El peón de la libertad

Desde que tengo memoria, hace muchos años me levanté del sue-

lo del ajedrez. Soy un peón guerrero de los más legendarios. Llevo bastante tiempo en la insurgencia. Incluso ahora, libro una batalla iracunda contra los enemigos. Audaz, actúo con valentía con tal de defender a la reina negra. Durante la lucha he cometido varios homicidios: he tenido que degollar alfiles y jinetes blancos con azarosa gravedad. Por lo demás, descubro que mi destino es un poco curioso. En el instante, yo sigo con vida extrañamente y precisamente yo hago la diferencia en esta guerra civil. Por lo valioso, soy la ventaja de mi legión negra. Siempre me muevo con sigilo entre cada casilla de cristal. El peligro es que la reina blanca es muy fuerte. Ella tiene la mejor posición en su campo imperial. Por tal motivo, todavía no puedo asediarla porque sé que me vencería con facilidad. Está frente a mí por lo cual debo ser fuerte y resistir hasta el final. Así quizá sea el salvador de esta barbarie.

Ya de repente se rompe el espacio compacto. Los centros se separan como agujeros. Mientras, yo subo con coraje de camino al castillo maligno. Al día de hoy los libertarios vamos unidos por la victoria. En efecto, queremos acabar con el terror. Nos duele ver tantas muertes. Por eso como héroes vamos con las torres a conquistar el reino blanco. El rey nos acompaña con cautela. Juntos,

corremos en marcha por la justicia humana. Añoramos un mundo nuevo. Mas si al declive del sol ganamos, nuestros compatriotas por fin dejaran de ser esclavos y volverán entonces a nuestro país. Todo esto tan revolucionario lo inspiramos, para luego irnos a rescatar la otra nación igual de humilde a nuestro pueblo. Y rebelde por mi ideología yo sigo peleando en pie de ataque. Ahora sin temor, combato contra un peón adversario. Sufro un poco sus arremetidas.

Es duro estar vivo en este tablero de indecencia. Sobre el furor, hiere mi brazo con su daga. Menos mal, lo cojo de la cabeza. Se siente angustiada. Le destrozo la garganta en el acto. Por ser cruel, lo acabo de matar a punta de cuchilladas. Era un terrorista de los racistas. Tras la acción, veo cómo él empieza a desangrarse horriblemente, cayendo despacio a un costado mío. Me acostumbré además a subsistir entre cualquier cantidad de cadáveres esparcidos por los diferentes cuadros. En verdad, son muchos los gladiadores quienes han agonizado durante esta inmunda matanza.

Ante mi ruda destreza, por aquí dejo al soldado rezagado. Sé que como misión tengo que convertirme por lo menos en un digno caballero. Por eso yo no retrocedo. Para gestar bien pronto la independencia social. Al tanto, voy hacia arriba siendo sigiloso. De paso como prosigo, resurge la hecatombe tan arrasadora, sólo hay mortandad. Sobre lo colosal me debato entre los espectros y la supervivencia. Así de dual, evidencio este ambiente. De resto, yo consigo ya avizorar el futuro cual tendré que encauzarlo. Para lo certero, parece venirse encima el acabose de esta masacre sin restricciones. Por ahí quedan algunos enfermos moribundos. Aún ellos siguen de brutos soportando nuestra arremetida, guerreada contra la dama aria. Pero ninguno nos podrá aguantar por más de cinco minutos.

De sorpresa, sucede un sortilegio y es que logré llegar a la corona. Entonces, mejor escojo ser un alfilero antes que pedir ser un jinetillo. Más rápido, me alisto para comerme a la reina tirana. Y sí, victoria, sorprendente victoria. Jornaleros, hoy somos los vencedores. Hasta cuando por fin pudimos derrotar a los ignorantes. Yo me quedo con la muñeca cautiva, ilustrándola a ella con ideas fraternas. Devoto le ofrendo la dignidad y así con recato, volvemos de a poco a la felicidad, ahora todos en paz.

Rusvelt Castellanos
Ibagué, Colombia

Girasoles ciudadanos

La mañana comienza con ese olor a la primavera cero que una vez vivimos en el mundo de las acciones menganas y placenteras de un tejar de recuerdos baldíos; el olor me lleva a un momento en el Parque Nacional donde nos conocimos por casualidad con un girasol en tu oreja y una sonrisa en tu locura. Caminabas con rosas, con girasoles y margaritas mientras yo caminaba con una guitarra rota y un cigarrillo viejo de esos de olor enfermizo. Nos cruzamos y nos flechamos con la mirada: tu mirada llena de vida, mi mirada llena de miseria y hambre. Seguí con mi camino de paso lento y con la imagen tuya de un girasol divino.

Los santos populares siempre quieren ser verdugos de los corazones rotos. Sabemos que pocos destinatarios comunican los compromisos de esta causa de estar vivos. Por mis bolsillos estaban mis profetas enterrados bocarriba. El profeta sueña con el futuro como Prometeo y su humanismo perdido pero, en mi otro bolsillo descubro que tengo las pocas plumas de las alas perdidas y caídas de este ángel maldito. Somos malditos, somos precoces y somos olvidos.

Caminar por cada centímetro de mi manicomio y escuchar las obras sonoras de The Beatles, mis afanes son tan sonoros que las horas pasan y yo sigo en mi cuarto: veía las calles, veía los vehículos y los malos humos de una ciudad sin flores. Me cuestiono, me indago, me sorprendo por mis compulsiones. Esta ciudad es un

horror, esta ciudad caníbal que no me deja morir, que no me deja descansar y en la que las luces me hacen delirar y excitar. Los libros que me acompañan sólo cambian el aire de un cigarrillo roto.

Quiero salir, quiero perderme, quiero encontrarte y conocerte. Entro al baño, orino y me meto a la regadera. El agua purifica más que una herida de mi cuerpo. El agua quiere limpiar un alma podrida, el agua sólo me lleva a tu olor. Salgo con la toalla y veo que ya son más de la una. Me pongo el mismo pantalón y una camiseta de Santana, de esas que lucían los hippies en 1969 en el festival de Woodstock. Salí con un viejo libro y la joven esperanza de verte de nuevo. Caminé hacia la portería y estaba la vendedora de cigarrillos, le compré dos y le di un beso de bendición. El humo me acompañaba como las fragancias de las flores de la ciudad sin amarillo girasol. Decidí caminar hasta el Parque Nacional y perderme en ese gran imperio de amores perdidos, cuentos desaparecidos y leyendas exageradas por el lado norte, por donde la está la fuente de Rafael Uribe Uribe, un loco cantante que se inventó el himno de este país; camino solo, con el diablo a mi lado y la muerte a mi espalda.

Veía a los chicos botar humo de marihuana, otros hacer líneas de perico perdido, otros aprovechaban el amplio lugar para rozar sus cuerpos desnudos en un acto de apareamiento ciudadano. Caminé hasta la mitad del parque y en ese centro del mundo estabas tú. Estabas de amarillo, de botas y de cabello recogido; rodeada de girasoles, estabas bella como la primera vez que te vi. Me acerqué y nos perdimos de nuevo en nuestras miradas, en nuestros silencios, en nuestros ritmos cardiacos. Eras tú la que yo esperaba, era yo el que quería encontrarte. Caminamos a paso fijo, de mucha naturaleza y de un mundo amarillo. Eres ese paisaje que a veces soñamos, a veces aspiramos y que por ciegos olvidamos. Te invité un café, pero pre-

feriste pedir un vino. No me importaba. Eran tus ojos cafés que me tenían en una sola escala musical de un viejo blues de la calle Aragón de Misisipi. Nos tocamos las manos, cruzamos los dedos, sonreímos cómo idiotas. Te alejas como una flor marchita, suena en el bar una canción de esa muchacha de pies descalzos. Te me acercas y me pides un simple abrazo de melancolía amarilla. Balbuceabas la canción de esa muchacha y el tiempo se congelaba en una simple canción: las horas pasaban como esa brisa que se lleva las hojas. Nunca supe tu nombre. Pero me enamoré de tus ojos. Nunca supe donde vivías pero me perdería entre tus piernas. Nunca supe el olor de tu perfume pero al menos puedo besar el recuerdo de un beso tuyo.

La luna nos acompaña a nuestra despedida. ¿Te volveré a ver? Te pregunté. Y tú, con una sonrisa, me dijiste quién sabe. De pronto hay que girar el sol un poco.

Sergio García
Bogotá, Colombia

Compañeros de viaje

Compañeros de viaje: el pueblo ya está harto de aparentar ante la

sociedad al doctor Jekyll. Ahora lo que desea es mostrar su verdadero yo. A ese míster Hyde que a estado oculto durante muchos años y que pocas veces ha salido a flote porque ha estado reprimido. Ya no hay un Hércules que pueda cortarle la cabeza a la hidra pues esta se la corta sola porque se ha despertado y sabe que por una cabeza cortada, renacen dos. Así está el pueblo. Por un ciudadano caído se levantan dos para combatir, no por gusto, si no por necesidad. Necesidad de hacer valer su vida.

Aquí no hay teoría Darwinista en que se diga que la especie más fuerte es la que sobrevivirá. Aquí lo que prevalece son las palabras de la revolución francesa: “Libertad, igualdad y fraternidad.” No somos indigentes, ni vagabundos... Somos los olvidados. Olvidados de que existimos para un Estado opresor, donde no valen nuestros derechos constitucionales. ¿Acaso no es el primer derecho de la constitución de 1991, el derecho a la vida? Habría que revisarlo porque creo que en cambio —y no nos lo dijeron, si mal no estoy— ahorita existe el derecho al asesinato y a la masacre. ¡Ay perdón! cuál masacre, a los asesinatos colectivos. Acá en Colombia no tenemos masacres. Son simples falacias del exterior o del pueblo que son unos desocupados, que se la pasan leyendo a Marx, Heidegger, Sartre,

Foucault, Sábato, Marcus, Nietzsche, Sócrates, Platón, Aristóteles, Freud y a un sinfín de desocupados. Mejor lean los tres cerditos o caperucita roja, eso sí son lecturas de verdad, lecturas que nos ayudan a pensar. Además, donde se entere el gran hermano los van desapareciendo, si no pregúntenle a George Orwell en su novela 1984.

Pasamos de ser Prometeo a ser el jorobado de Notre Dame: después de darles el fuego, ahora nos toca escondernos en una iglesita para que no nos vean porque somos feos, los anormales, los que no encajan en el mundo de ellos, pero cada cuatro años nos buscan para darnos la luz que es nuestra. Incluso, creemos que ya somos uno de ellos por darnos el saludo, pero apenas toman el fuego que les dimos nos queman con él. Pero tranquilos, Caínes. Ya pronto dejará de ser así, ya no los vamos a necesitar. Pasarán de ser hermanos a ser padres los nuevos Cronos que se comen a sus hijos porque tienen miedo de perder el poder. Está pronto a salir el minotauro de su laberinto y no habrá Teseo que los pueda salvar. La bestia está cerca de salir, ya no hay nada que hacer... Sólo cruzar de la mano con Mefistófeles de Fausto y disfrutar los nueve círculos del infierno de Dante Alighieri para después vivir el paraíso perdido de Milton.

Ya estamos a un sólo remo para llegar a Ítaca, ¡no te vayas a rendir ahora, Ulises después de tantas batallas! ¡Resiste!, y si es el caso muere como Aquiles y serás recordado como héroe

Oscar Castañeda
Funza, Colombia

Poéticas de lo informático

Humo eléctrico bordeando las pantallas
Mientras hierve un disco duro en las palabras
Que disonantes son dichas
En la inmediatez de los caracteres mecánicos
De la embriaguez ocular.

Ahora un navegador ensangrentado
Corre en la pantalla
Cuerpos
Las venas rodeando las sábanas
Entre miles y miles de teclas
Manchadas de cenizas
Devorando el aliento
Ladrando desde las intermitencias
Del ruido empañado
Dormido
Cegado.

Cámaras ciegas
Danzando entre la vocecita de las cosas
Saboreando el registro
De la voz de los gallinazos virtuales
Probando vísceras efímeras
Escritas en la cuenca sorda
Del cursor
Y en el traqueteo de las señales.

El aliento asfixiante corre

En los hipervínculos
Donde se es el espejo de sí mismo
Y donde la cuerda todavía charla con la garganta
De las musicalidades del navegador.

Daniel García
Bogotá, Colombia

Tristeza

Las palabras están cansadas,
La sonrisa está apagada.
Los ojos se llenan de lluvia,
Apatía,
Inútil,
Muerta.

El viento ya no traerá felicidad a las tierras de mi destino;
El pasado romperá contra la barrera del tiempo...
Me desvanezco.
Me disolveré de un mundo que no me pertenece.
Eso no cambiará.

Errores inútiles que ocultan la verdad al corazón
Que agotado ha dejado de latir.
Los labios no emiten gemidos.
Ríos transparentes fluyen de los ojos:
El alma llora en silencio resignándose a lo que no volverá.
Los ángeles intentan apartar la melancolía
Que ha invadido cada rincón de la mente,
Oscureciendo toda la racionalidad.

El remordimiento es fuerte,
El dolor insoportable.
Ira,
Miedo,
Disgusto.

La mente deambula en busca de un objetivo que pueda tranquilizarla.

Pero él se resigna a lo que no volverá.

Los labios no emiten gemidos.

La tristeza transpira de todas partes.

Los ojos están llenos de lluvia

Debido a un mundo que hace enloquecer a la felicidad.

Antonio Di Bianco

Gioia Tauro, Italia

Secretos

Piedra.

Antes que todo estuvo primero la piedra.
Antes que la fértil tierra,
Antes que la verde flora,
Antes que todos los seres de índole divina.

La piedra lo espectaba todo:
El paso del aire sobre su capa suprema,
El choque del agua solemne sobre su suela.
Todo ello, contra su duro cuerpo hecho ceniza.
Todo era piedra, en todo lugar.

Si alzabas la vista veías piedra;
Si movías tu cuerpo piedra pisabas;
Si respirabas así,
Inhalabas cenizas
Y si tenías hambre,
Entonces piedras comías.

Todo era en aquellos tiempos muy sencillo.

Así nacieron los primeros seres
Hechos todos de piedra y cenizas
Y de esta sencillez propia de las condiciones previas,
Gestadas al principio de todo en armonía.

Y estos seres, aunque sencillos,

Habitaron el mundo previo
Por muchos, pero muchos años
Y vivieron felices habitándolo sin mucha ambición,
Más que ser piedra
Y tener piedra en el corazón.

Aquellos aún viven entre nosotros.
Donde observes piedra,
Donde pises cenizas
Ellos sin duda alguna habitan,
Viven o han vivido.
Son longevos y no inertes
Como otros muchos pensarían de ellos,
Y más sencillos, también más fuertes
Frente al paso irascible del tiempo
Y también menos codiciosos,
Pues tienen piedra en su corazón,
Y en su mundo, piedra hay en todas partes.

A esto lo llaman panteísmo a veces,
A pesar de no conocer del todo qué significa ello.
De allí que entre nosotros tengamos refranes
O cuestiones que dicten que las paredes tienen oídos,
Pues de piedra las hemos construido,
Sólo que hemos olvidado que ellos estuvieron primero. (...)

Madera.

Hubo una vez un eclipse solar
Que inundó la tierra en oscuridad

Por un siglo o dos, o tres.

El mundo se hizo tinieblas.
Y tanto tiempo pasó en ellas,
Que los hombres de piedra
Olvidaron cómo era la luz del sol.

Los astros giraron de manera caprichosa
Y todo el tiempo pasaba
Pero nadie lo notaba,
Pues no había cómo saberlo.
Todo era confuso y frío.

El día que el sol volvió a emanar luz,
En la tierra ya nada era como antes.
Los hombres de piedra se habían escondido
En cuevas, en cavidades,
En hoyos y en lagos profundos.

Todo quedó en silencio.
No había ser, ni hormiga,
Ni ave, ni pez, ni piedra
Sobre la faz de la tierra.

Pero aquél sol inmenso
También había cambiado
Y era mucho más intenso
El color de su brillo.

Un rayo de sol nacido de la unión entre las sombras,
Viajó entonces hacia los suelos

Y decidió hospedar su morada en ellos.

Encontró a la lluvia, a la brisa,
A la sequía y a los vientos
Y, aunque estaba habituado al calor extremo
Se hizo llama
Y se quedó entre ellos.

Pero arriba en la bóveda celeste
Se sintió el vacío del príncipe
Y el rey Sol, afanado
Demandó llamar a su hijo.

Entonces el príncipe decidió esconderse,
Haciendo de su luz viva llama.
Y pidió a la lluvia que inundara la tierra
Y de los lagos brotaron flores.

Las flores se alzaron hasta el cielo
Y de ellas brotaron grandes tallos
Que se transformaron en hogueras,
Refugios para el solemne príncipe fugitivo.

Obsidiana

Existió también una piedra hermosa,
Nacida en pocos lugares de la tierra.

Esta piedra era de substancia distinta

Pero muy distinta a la substancia común.

El color que animó su vida
Era un verde azulado y negro:
¡Ninguna otra piedra hubo semejante!

Los seres devenidos de esta maravillosa forma eran de galante finura.
La obsidiana permite un filo único,
Tan perfecto que corta cualquier otro material.

Nació de la unión entre el cielo y la tierra:
Entre el agua y el fuego
Y entre lo etéreo y lo común.

Cuando los hombres la encontraban,
Sabiéndola única,
La utilizaban para adornarse de lujuriosa belleza
Junto con plumas de animales y flores.

El espíritu de la obsidiana siempre fue coqueto.
La hermosa piedra gustaba que la presumieran,
Llevándola siempre en alto
Junto a bellas piedras también de índole sublime.

Lapislázuli, ámbar,
Oro, cobre y metal,
Cuero, plumas y lanas:
Junto a la obsidiana realzan siempre belleza.

La obsidiana, de todas las piedras
Siempre fue la más preciada por su rareza;

Nadie nunca supo de dónde se originó
Ni qué extraño misterio esconde en su forma.

Algunos dicen que viene del fondo del mar:
Cosa curiosa porque su hogar está cerca de los mundos perdidos.
Otros dicen que bajó de las estrellas,
Que cae usualmente aquí cada mil años.

Otros la tienen por más común
Pero aun así la valoran en exceso,
Como aquellas cosas poco comunes
Que deslumbran con sus cualidades.

Oricalco

Cuentan que los dioses pretéritos
Forjaron un material único,
Haciendo de la alquimia una ciencia
Y manifestando un metal omnipotente.

Poder y gloria a quien le blandía.
En la ciudad de los nueve círculos,
El oricalco todo precedía:
Ritos místicos y actos públicos.

Los hombres comunes no pueden alzarlo.
Sólo los herreros divinos pueden trabajarlo.

Esta es la verdad de la humanidad:
Bien, que lo hecho por los dioses

Para ellos se queda
Y para los hombres existen materiales de mayor humildad.
Lo único que dictan estas leyendas
Es que hay mayor misticismo en cosas comunes:
Que en la piedra hay vida y corazón,
Que en la madera yace el hijo del sol
Y en la obsidiana un alma coqueta
Y en el oricalco un poder inmenso
Que más allá del poder humano
Manifiesta sumo entendimiento
Reservado únicamente a hombres superiores.

Daniela Vera
Bogotá, Colombia

Inmarcesible

Amanece fría, oscura y triste.
Almas vagabundas se ven recorrer en los sectores,
Ingenuas que dejan de lado sus sueños.
Sueños que yacen en otros seres.
Almas alucinógenas,
Que al ritmo de Spinetta
Se entran en un mundo de armonía
Con el opíparo y añorado aroma de un café.
Un café en compañía de nicotina
Y con sensaciones de tranquilidad.
Exquisitas almas,
Llenas de versos y melodías
Que hacen ser maldita a la capital.

Daria Gómez
Bogotá, Colombia

Madre

Habité en la burbuja de tu vientre
Y navegué siete meses
En la calidez de tu laguna.

Tuve días risueños
Entre sueños intensos
Y atado a tu estambre
Me alimentaba de ti.

Tu cariño
Se extiende en el horizonte
Como llamaradas
Y fulgura en tu mirada maternal
Desde que conocí el mundo.

Cada mañana
Despierto envuelto en tu ternura
Y cada tarde
Escucho la música de tus labios,
Como un canto de sonata infantil.

Juan Martínez
Chimbote, Perú

Sísifo arrepentido

De la piedra que siempre he cargado,
Tan solo me quedan las hondas llagas.
El castigo que un cruel dios me ha dado
Su amor juró a la montaña.

“Y vi a Sísifo, preso de torturas”
Cantó Ulises, tras ver mi mundo;
Ven, deja cantarte.
Y si no escuchas
Tallaré notas en tu ser profundo.

«Durante milenios supe que eras mía:
Mi espalda rasgabas en silencio;
Atestiguabas el dolor de mi eterna subida
Y el llanto en el largo descenso.

Sentías las cadenas de mi tormento,
La lluvia que nunca acababa,
Las millonésimas vueltas de Helios
Alumbrando nuestra montaña.

(Te odiaba, eras mi carga
Día a día te subía
Día a día tu bajabas)»

Eterno
Eterno
Eterno

Cuando mis pisadas eran mortales
Y no veía de la vida un martirio;
El amor no vi en doncellas amables
Ni en diosa que habitará el Olimpo.

Y al no verlo quise evadir la muerte.
Con astucia encadené a Tánatos,
Burlé a Hades, del infierno regente.
Y a ti me dejó condenado.

Mas al subir y bajar largos años
Con la lluvia que nunca acababa
Y la muerte de los inmortales astros
El amor estaba tras mi espalda.

Pero
Eterno
Pero

De la piedra que había cargado
Solo me quedaron las hondas llagas.
Ella su amor ha jurado
Al pico de nuestra montaña.

Camilo Osma
Bogotá, Colombia

Agrádame

Agrádame el sensato ánimo
Que con sonrisas llena lo que toca.
Agrádame también la indecisión a veces
En momentos que, turbios, se alzan terribles
Y déspotas al ataque hacia el corazón.

Sin lo uno no viene lo otro:
Sin las risas no viene el cariño
Y sin cariño no viene la angustia:
Sin angustia no viene el dilema
Y sin dilema no hay reflexión.

Todo esto lo he visto en mi poco tiempo de vida.
He visto en él al hombre que desea mucho
Y que en su deseo cae abatido.
He visto a la mujer llena de vida y belleza
Marchitarse en el tiempo,
Semejante a las flores que te deslumbran con sus vivos colores, pero
que al toque de la mano enferma mueren en su fragilidad.

He visto a quien da mucho y también al que da poco.
Uno se expone al peligro abiertamente y el otro lo evita,
Pero parece que uno vive en el otro, mucho más.

Con todo esto que he visto, ahora veo ironía.
Quien desea mucho poco obtiene,
Y quien mucho obtiene es porque poco ambiciona.

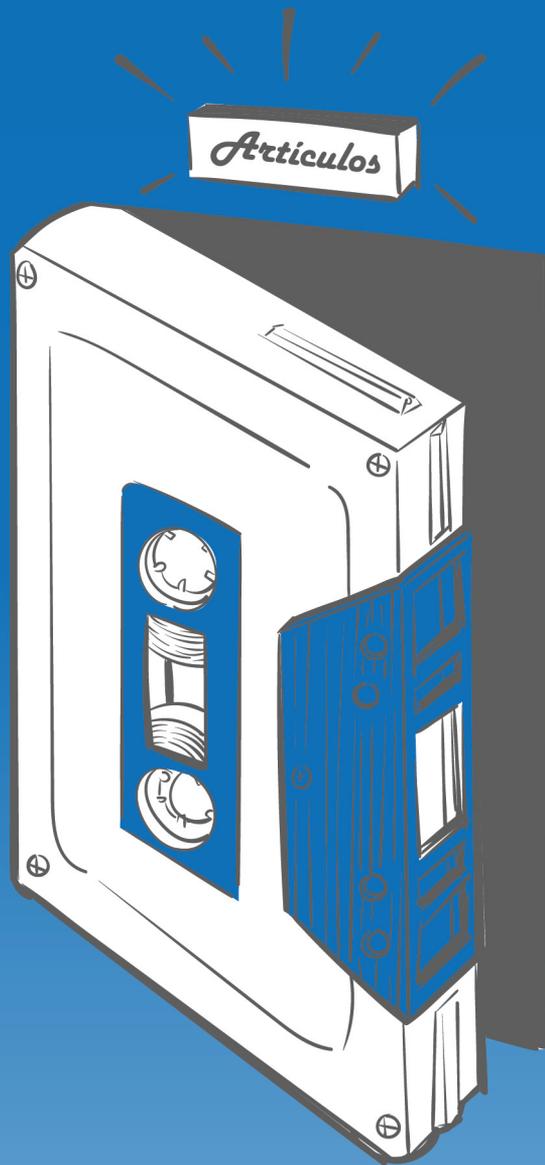
Agrádame esto.
La ironía,
Que nos deja un espacio en el tiempo para lo desconocido:
Un lugar para reír y llorar,
Un momento para la angustia
Y días placidos en los que valorar lo que ya se es y ya se tiene.

Agrádame vivir entre estas cosas:
Entre la bella mujer que parece flor,
Entre el bravo guerrero que lleva coraje,
Entre el genio de los dementes y los obsesivos,
Entre los hombres que ostentan poder abusivo
Y entre aquellos que buscan virtud.

Agrádame,
¡Sin duda!
Y no dudo que me agradarán tanto más lo desconocido,
Lo que ignoro y suscito,
Lo que me encuentro al hacer frente a la afrenta que ofrece la vida.

¿Sin aquella imprudencia, qué me agradaría?
De qué me quejaría entonces...
¿Qué, en mi impresión yo llevaría?
Sería un aura triste y soez...
¿De qué podría alardear, así, ante quienes desconozco?

Sebastián Paipilla
Bogotá, Colombia



ARTÍCULOS

Arrogancia versus Naturaleza:

análisis semiótico de un cuento de Monterroso

Por: Ángela María Vargas
Bogotá, Colombia

El ser humano se viste después de la expulsión del paraíso. Este evento de la expulsión y la vergüenza por la desnudez que ahora es sinónimo del pecado y la desobediencia, abre camino a la identidad cultural española. Los indios del Nuevo Mundo están desnudos: no tienen identidad cultural. Se convierten así en seres mansos en vez de desobedientes; páginas en blanco disponibles para empezar a trazar el conjunto de valores, tradiciones, símbolos y creencias del que ya pasó por la desnudez y ahora está vestido.

Basado en este descubrimiento del Nuevo Mundo y las labores de cristianización por parte de los españoles que se deciden por la observación y no por la comprensión, Augusto Monterroso produce *El Eclipse*, cuyo sentido se encuentra en el etnocentrismo y el problema de la ignorancia juzgando de ignorante a quien no se comprendió: Guatemala, España, Carlos V, labores redentoras... todos indicios de una época que, teniendo en cuenta que se nombra a Guatemala y esta se encuentra dentro de América, se trata de un año posterior a 1492. Con esto decimos que estamos ubicados terminada la Edad Media con las labores de liberación moral del “otro” que está “allá”, es “diferente” y necesita orientación (cual Cristo redentor, por supuesto), podríamos ubicarnos durante algún año de la Modernidad. Esto último se refuerza con el referente del rey Carlos V.

En cuanto al encuentro con los indígenas, debido al lugar que se

menciona y a la idea de sacrificios humanos, nos podemos hallar, como lectores, contextualizados dentro de lo que corresponde a la cultura Azteca. En ese sentido, hay cinco puntos clave que nos conducen hacia el tema del cuento y la postura que toma alrededor de tal. Primero, creer que el conocimiento de Aristóteles lograría salvar la vida de fray Bartolomé Arrazola con la idea de engañar al otro por medio de un intelecto que, desde la visión de este, nadie fuera de su cultura posee. Segundo, la subestimación del conocimiento de una cultura que, a fin de cuentas, realizaba sacrificios dentro de complejidades arquitectónicas (viéndose en la incredulidad de la mirada de los indígenas) y, por último, los dos puntos más importantes: por un lado, el desdén del fray y por otro, la valiosa ayuda de Aristóteles. Todo gira alrededor de la idea del etnocentrismo europeo en la que las ideas de intelectualidad basadas en Aristóteles no sirven para nada frente a un grupo que cuenta directamente con las bases naturales que en un principio, ayudaron al filósofo que con tanto esfuerzo estudió el fray de este relato.

Bartolomé Arrazola se convierte en la representación de toda una sociedad etnocéntrica, con especial enfoque en la erudición y la soberbia infundada. Sin embargo, esta soberbia intelectual se desvanece al darnos cuenta de dos cosas: el otro no existe y las raíces naturales, al menos todavía, están al alcance de todo el que las desee desde el objetivo de aprender.





